

ducado de Milan y Nápoles al papa, arrojar á los imperiales de Italia y conservar la independencia del país (22 de mayo) (17).

Después de treinta años de guerra, ó más bien de un suplicio vergonzoso impuesto á una población desarmada por una soldadesca feroz y libertina, asistía á Italia sobrada razón para desplegar sus últimos esfuerzos. En vano reclamaba la Sicilia sus privilegios á un rey dueño de la mitad del mundo; veíase asolada Nápoles audazmente por los jefes de bandas y los magistrados, que, no contentos con robar las riquezas, secaban las fuentes; y la Toscana veía espirar su libertad; la Romaña había tenido que sufrir alternativamente á todos los tiranuelos turbulentos y pontífices ambiciosos; la Lombardia no cesaba de ser un campo de batalla; además, todas estas comarcas eran asoladas por ejércitos formados con reclutas extranjeros, comprados separadamente ó conducidos por un capitán sólo por amor al botín; tropas continuamente dispuestas á volverse contra los que las pagaban, y queriendo á cualquier precio la guerra, que era su único medio de existencia, aun cuando tuviesen que hacerla por su propia cuenta. Las facciones se habían reanimado en Lombardia, en medio de las dominaciones que se sucedían allí sin cesar, y algunos pequeños señores se habían levantado sin otro derecho que el de su espada, y sin más objeto que el de poder obrar al antojo de su capricho.

Medeghino.—En este número se señala Juan Jacobo de Médicis, de Milan, llamado el Medeghino. Comenzó su carrera con *venganzas viriles*; y para escapar al castigo, abrazó el oficio de las armas sosteniéndose, como tantos otros lo hacían, en medio de un país desorganizado. Francisco Esforcia le empleó en deshacerse de Astor Visconti, su enemigo particular, y en recompensa le dejó ocupar el castillo de Musso, en el lago de Como. Habiéndose fortificado en aquella posición, dominó el lago, y acogió á hombres de armas é ingenieros; de esta manera pudo á su gusto, ó reducir á la escasez al ducado, impidiendo trasladar allí trigo, ó asaltar la Valtelina y Chiavenna para secundar al duque. Obligó también á los grisonos á llamar á las tropas que servían á las órdenes de Francisco I, lo que produjo la derrota de Pavia. Cuando los españoles se hicieron dueños de él, no por eso se sometió á su yugo, sabiendo mostrarse alternativamente león y zorra. El lago y los montes comarcanos estaban llenos de partidas de hombres armados, que, aprovechándose del desorden general, robaban y mataban con desprecio de las leyes: ¡desgraciadas las gentes pacíficas! Medeghi-

(17) El datario Giberto escribía al obispo de Veruli: «Me limitaré á recordaros que no se trata en la guerra actual de una susceptibilidad de pundonor, de una venganza, ó de la conservación de una ciudad, sino que decidirá la perpétua salvación ó esclavitud de toda la Italia.» *Carta de Pr. á Pr.*

no destruyó á unos, ganó á otros, y se sostuvo de esta manera dominando y esparciendo el terror en los alrededores. Se tituló conde de Lecco, y acuñó moneda. Poco faltó para que no se apoderase también de Como. Bien provisto de oro y tropas, no retrocediendo delante de un crimen, uno de los hombres más astutos de aquel siglo de astucia, ganando con todos los partidos, pensaba formarse un vasto dominio, y tal vez apoderarse de todo el ducado. En fin, los grisonos y las fuerzas ducales se reunieron contra él, pero él supo tocar tan hábiles resortes, y negoció con tanta destreza, que el orgulloso Carlos Quinto se vió obligado á condescender con él bajo buenas condiciones, y á darle, además de una indemnización en dinero, el marquesado de Marignan.

Segunda guerra.—La gravedad de los males comunes hacía desear el remedio. La envidia escitada por Carlos Quinto y el desorden de las rentas de este monarca, daban esperanzas de que la independencia de Italia se sostendría eficazmente. Por desgracia, los italianos habían perdido la costumbre de las armas; y aquellos hombres valerosos, que hacían frente al peligro para saquear ó dominar, ó que vendían su valor, no eran más que la hez de la nación: llenos de energía para las pequeñas hazañas, les faltaba el verdadero valor que nace de un sentimiento generoso. Por otra parte, los gobiernos no tenían ya la firmeza que en otro tiempo les hacía resistirse con constancia, tanto á los extranjeros como á los nacionales. Venecia vivía con el día, y el Papa titubeaba. Carlos Quinto prometió al pontífice restablecer á un italiano en Milan, y restituir Parma y Plasencia á la Santa Sede; luego ponía por obra, según la antigua táctica de los reyes, heresiarcas y concilios, espantajos para hacer aceptar sus voluntades. Ya Lutero había crecido hasta el punto de asustar al mundo católico. Maximiliano le había protegido diciendo: *Algun día podrá ser bueno para algo.* «Reconociendo entonces Carlos Quinto que el Papa temía mucho la doctrina de Lutero, quiso convertirlo en un freno para sujetarle» (VETTORI). Esperó Clemente que en la ruina de Italia, la Iglesia al menos triunfaría, con el engrandecimiento de Carlos, á quien consideraba como ardiente católico. Tenemos en efecto una carta suya en la cual propone formar una liga con los príncipes ortodoxos, con objeto de estirpar con el fuego y el hierro aquella planta venenosa. De esta manera es como, dividido entre dos intereses, no supo Clemente VII ser ni buen papa ni buen italiano (18).

(18) *Un papato composto di rispetti, Di considerazioni e di discorsi, Di più, di poi, di ma, di si, di forsi, Di pur d'assai parole senza effetti, etc.*

BERNI.

Un papazgo formado de respetos, De consideraciones y discursos,

Sin embargo, desde que estalló la guerra, no hay necesidad de decir con qué ardor los italianos se prepararon á la lucha, conociendo que debía decidirse de sus destinos. El duque de Urbino, general de los venecianos, marchó sobre el Milanesado, al paso que Guido Rangone y Guicciardini, historiador, fueron con las tropas pontificias; pero no sabiendo los aliados obrar unidos, el Papa creyó que no tenían para con él las consideraciones que se le debían; Medeghino, que recibía sumas considerables para reclutar suizos, las gastaba en su propio interés; el duque de Urbino, que se daba por imitador de los Colonna, alargaba lo posible la guerra; en fin, «los socorros de los franceses, muchos en palabras, eran cada día menores en realidad» (GUICCIARDINI), sobre todo desde que Francisco I había entablado nuevas negociaciones con el emperador.

Entre tanto, Milan estaba tiranizado por Antonio de Leiva y Alfonso de Avalos, que procuraban por medio de atroces suplicios y exacciones brutales, producir nuevas sublevaciones para justificar nuevos rigores; de tal manera, que varios milaneses se dieron la muerte para escapar á aquel yugo de hierro, é infinidad de ellos emigraron cuando Leyva les dió permiso para llevarse su dinero. No habiéndosele quitado un caballero su sombrero, Leiva hizo darle muerte (19). Indignado el pueblo, se amotinó, penetró á viva fuerza en el antiguo palacio, donde mató á ciento cincuenta infantes que estaban de guardia, se apoderó del campanario desde donde arrojó á los centinelas, peleó hasta por la mañana, con una pérdida de algunos centenares de ciudadanos. Pero los lansquenets incendiaron por diferentes puntos la ciudad: habiendo acudido en mayor número los españoles, enviaron al suplicio ó al destierro á los jefes; sujetaron á los demás á su discreción, y Milan fué entregada como presa á la avaricia de los soldados (20). Pocos contentos con haber asolado los campos y saqueado las tiendas, mantenían atado al dueño de la casa del alojamiento de cada

De sí, después, porque, no obstante,

Rico, en palabras, pero pobre en hechos, etc.

(19) «Era este (Leiva) cruel en extremo: no bastándole quitar á los hombres, donde quiera que iba, juntamente con la vida la hacienda, mandaba también prender fuego á las casas, y quemaba de un modo bárbaro cuanto encontraba al paso. Al duque de Urbino, que le envió á preguntar qué clase de guerra era aquella, contestó, que tenía orden de S. M. para obrar así con todos aquellos que le negasen obediencia. Entonces el duque le dijo que no se maravillase después, si le veía asar la carne en el fuego que él encendiese. asegurándole que quemaría en adelante á cuantos alemanes cogiese.» VARCHI, *Storie*, VI.

(20) En cuanto á las nuevas de Milan, el modio de trigo vale 50 libras; el vino 16; no se encuentra leña ni cosa equivalente; todas las personas en Milan comen pan de maíz, excepto los capitanes.

Dec. di storia italiana, 163.

uno para arrancarle con violencia, y toda clase de malos tratamientos, lo poco que pudiera haber ocultado. «Y habiendo despojado de las armas al pueblo de Milan, y enviado fuera de la ciudad á las personas sospechosas... habiéndolo reducido á la cruel servidumbre, no pensaron en las pagas de los soldados, los cuales, alojados en las casas de los milaneses, no sólo hacían que los dueños de estas les proveyesen cotidianamente de un alimento abundante y delicado, sino también que les ministrasen dinero para todas las demás cosas de que tuviesen necesidad ó que apeteciesen sin dejar de tratarlos de la manera más dura, aun después de ver satisfechos sus deseos. Siendo estas cargas intolerables, los milaneses no tenían otro remedio que huir ocultamente de Milan, pues estaba prohibido verificarlo de un modo ostensible. Para impedirlo, muchos de los soldados (especialmente españoles, porque en la infantería alemana había más modestia y mansedumbre) ataban á los dueños de las casas, á las mujeres y á los niños, habiendo expuesto además á su lascivia la mayor parte de las personas de cada sexo y edad.

»Todas las tiendas de Milan estaban cerradas; cada cual había ocultado en lugares subterráneos, ó llevado á otros puntos los géneros de los almacenes, las riquezas de las casas y los adornos de las iglesias, que ni aun así eran respetadas; pues los soldados, so pretexto de buscar las armas, registraban diligentemente todos los sitios de la ciudad, obligando á los criados de las casas á que les manifestasen éstas, y dejando á los dueños, cuando las hallaban, aquella parte que les parecía. Presentaba, pues, la ciudad un aspecto lastimoso, y movía compasión ver á los hombres sumidos en la tristeza más profunda y aterradora: ejemplo increíble de las mudanzas de la suerte para aquellos que habían contemplado poco antes á Milan llena de habitantes, á causa de la riqueza de los ciudadanos, del infinito número de las tiendas y ocupaciones, de la abundancia y delicadeza de todas las cosas pertenecientes al sustento humano, de la soberbia pompa y suntuosísimos adornos, tanto de las mujeres como de los hombres, y de la indole de los moradores inclinados á las fiestas y á los placeres, no sólo henchida de gozo y alegría, sino en el mayor grado de esplendor y más feliz que todas las demás ciudades de Italia. Encontrábase ahora casi desierta, por el daño gravísimo que había hecho en ella la peste y por los muchos ciudadanos que habían huido y continuaban huyendo; los hombres y las mujeres llevaban vestidos groseros y sumamente pobres; no se veía señal alguna de las tiendas y las ocupaciones que proporcionaban grandes riquezas á aquella ciudad; la alegría y el ardimiento de los hombres se habían convertido en sumo dolor y miedo...

»Privado el pueblo de Milan de esta esperanza, no teniendo ya á quién acudir ni de quién aguardar ningún auxilio, cayó en tal desesperación, que algunos, según se sabe de cierto, para

poner fin á tantas crueldades y suplicios con la muerte, pues que no lo podían lograr mientras viviesen, se arrojaron á la calle desde los puntos más altos; otros se ahorcaron miserablemente; pero ni aun esto bastó para mitigar la rapacidad y la crueldad feroz de los soldados...

»Era en aquel tiempo extremadamente lastimosa la condición del país, despedazado con grande impiedad por las tropas de los coaligados: éstos, esperados al principio con suma alegría por los habitantes, habían conseguido, merced á sus robos y extorsiones, que se convirtiese en odio profundo tal benevolencia. Cortupela general de la milicia de nuestra época, que tomando ejemplo de los españoles, hiere y destruye á amigos y enemigos; porque, si bien durante muchos siglos había sido grande en Italia la licencia de los soldados, sin embargo la aumentó infinitamente la infantería española, lo cual se debió á una causa, si no justa, á lo menos necesaria, en atención á que en todas las guerras de Italia estuvieron pagados pésimamente. Pero como los ejemplos, aunque tengan un principio excusable, imprimen siempre un movimiento que va de mal en peor, los soldados italianos (si bien no les asistía la misma necesidad, porque estaban bien pagados) imitando á los españoles, empezaron á rivalizar con éstos en excesos: así, con grande ignominia de la milicia del presente siglo, los soldados no distinguen ya al amigo del enemigo, y no menos arruinan los pueblos y los países aquellos á quienes se les paga para que los defiendan, que aquellos que están pagados para ofenderles.» (21)

Vióse precisado á capitular el castillo de aquella ciudad á vista de los confederados, cuya lentitud no se desmentía, y Francisco Esforcia pudo escaparse, pero con trabajo. Siena, que se había declarado por la bandera imperial, no pudo ser tomada por los florentinos, ni Génova por Andrés Doria, almirante de la escuadra pontificia. Juan de Médicis, el más valiente italiano de aquella época, murió de una herida. Habíase lisonjeado Maquiavelo con la esperanza de verle formarse al frente de las bandas negras un Estado independiente, arrojando á los extranjeros de Italia. Véase sobre qué hombres estaban reducidos los italianos á contar para su emancipación (22).

(21) GUICCIARDINI, lib. XVII.

(22) Sobre el estado de los negocios en Italia en 1326 discurre bien el datario Ghiberti en una carta á don Miguel de Silva:

«Respondiendo á una vuestra, cuya fecha creo que es del 20 de marzo, os escribí el 24 de abril que si no se había extinguido toda virtud en los franceses, y el rey de Francia cumplía lo que había dicho, á saber, que se uniría con nosotros para libertar á la Italia y á sus hijos, y vengarse de las injurias de César, seríamos todavía hombres y cooperaríamos á ello á fin de no vernos á discreción del malísimo ánimo de César: por lo mismo, hemos continuado nuestras negociaciones hasta el punto de quedar concluida

Sin embargo, el condestable de Borbon, sin la menor consideración al país que le había sido prometido, le afligió con enormes contribuciones (23)

el 22 del pasado en Francia, donde estaban los mandatos, la liga entre nosotros, el rey de Francia, los venecianos y el duque de Milan, dejando abierta la puerta al rey de Inglaterra durante tres meses para que entre en la confederación, como tenemos por seguro que lo hará. La ida del virey á Francia ha estado á pique de romper nuestras negociaciones; pero á pesar de hallarse celebrados los contratos, no espero que el rey de Francia se decida tanto en nuestro favor que cese de negociar con España para obtener el rescate de sus hijos, si es cosa que puede arreglarse con dinero; habiendo tomado esta resolución, hemos empezado á obrar descubiertamente. Apretaremos diez mil infantes, igual número aprontarán los venecianos; creemos que el obispo de Lodi nos traerá diez mil suizos, el cual los tenía desde antes ajustados, y ahora está allí con tal objeto; nosotros y los venecianos les daremos la paga; y si éstos no vienen, haremos de todos modos que hajen diez mil de aquella nación. La ciudadela de Milan especialmente se halla reducida al último extremo; también la de Cremona padece bastante; espero que acudiremos con tiempo á su socorro. El pueblo de Milan está aun armado, y promete hacer maravillas si se acerca tropa en su ayuda. Los españoles fortifican mucho á Lodi; creemos que querrán encerrarse allí y en Pavia: el asunto es caerles encima antes de las cosechas, porque si ocupasen las tierras abastecidas, nos harían gastar sumas enormes. Los lansquenets carecen de dinero, y creemos que no teniendo los cesáreos medios de pagarles, se marcharán: los españoles servirán aunque no les paguen. Os agradeceremos mucho que no les deis dinero; manteneos firme, y poned todo vuestro empeño en que no se le facilite ninguno. He sentido bastante ver en vuestra carta del primero del pasado que César envía á Italia 200,000 ducados obtenidos de vos; el único aviso que de ello tenemos es que buscaban cambios de 70,000, poco más ó menos, para Italia. Quisiéramos, si es posible, quitarle á Génova, á fin de que no encontrase modo de remitirlos. Desearia que tratásemos ahora de llevar á cabo la empresa del Reino, veremos *ut se initia dant in Lombardia*... Si los franceses se mantienen firmes, y creo que se mantendrán, haremos que César conozca cuánto pierde por haber sido tan ingrato para con Dios y los hombres (sin fuerza estoy seguro de que no podemos aguardar sino desastres); por no hacer caso de la sede apostólica, por su sed infinita de reinar por *fas* ó por *nefas*, y tantos males que espero en Dios no ha de sufrir más tiempo tan gran desprecio de sus cosas. En cuanto á hacer á vuestro infante duque de Milan, veis que son sueños y quimeras; si llega á los oídos de Borbon tal rumor, no creo venga á Italia. Don Hugo había salido de Francia el 23; vendrá con grandes promesas de evacuar á Milan y de hacer lo que queramos; pero estando ya descubiertos, no es tiempo de ponerse á fiar. Vuestras cartas no las ve nadie, excepto el papa; os escribiré, y vos también escribid: desde luego sabed que cuanto se haga en contra de César, principalmente no dándole dinero, nos favorece, etc. Pienso que si las cosas van bien en Italia, como es de esperar, César habrá de amansarse, y consintiendo en restituir al rey de Francia sus hijos, podrá celebrarse una paz mejor. Roma, á 10 de junio de 1526.»

(23) Condenó á Morone á muerte: habiéndole perdonado después mediante veinte mil ducados, le tomó por su secretario y alma de sus consejos.

para pagar á sus tropas, á quienes hacia mucho tiempo no satisfacía el emperador, y pedían á grandes gritos el saqueo de una opulenta ciudad. Asustado Clemente VII, prestó oídos á las sugerencias de Hugo de Moncada, astuto embajador de Carlos Quinto, y digno discípulo del duque Valentinois que le prometió que haría la paz con el emperador y con los Colonna, que amenazaban entonces á la Santa Sede. Apenas el Papa, engañado por esta astucia diplomática, estipuló con Launoy y despidió á sus tropas, cuando el cardenal Próspero Colonna (24) (29 setiembre de 1526), de acuerdo con Moncada, atacó á Roma y saqueó á Trastevere y el Vaticano. Clemente quiso hacer tomar las armas al pueblo; pero éste no se movía absolutamente por un papa que era la causa de sus males: «no sólo los frailes en los pulpitos sino también varios ermitaños iban por las calles predicando el fin del mundo, y entré éstos no faltaba quien persuadiéndose que era imposible ver tiempos peores que los que corrían, decían que el papa Clemente era el Antecristo» (VARCHI). Fué, pues, preciso refugiarse en el castillo de San Angelo, capitular después con Moncada, perdonando á los Colonna y retirar sus tropas de la Lombardia.

Freundsberg.—La liga santa quedó rota. Por una parte, como Carlos Quinto no estaba en estado de pagar sus tropas, dirigieron sus reclamaciones á Jorge Freundsberg. Este era un comandante del Tirolo, que, estimulado con el botín que otros capitanes hacían en Italia, reclutó una partida de alemanes, cuyo número se aumentó en el camino. Se había presentado, pues, para obtener su parte, jurando por el glorioso saqueo de Florencia, y llevando en el arzon de su silla un ronzal de seda y otro de oro, para ahorcar á los cardenales y al último de los papas. Encontró por su propio crédito, y mediante prendas, el dinero necesario para asalar treinta y cinco compañías de lansquenets; después se entendió con el condestable de Borbon para sitiár á Roma, donde el ejemplo de los Colonna prometía un saqueo productivo y fácil. Aquella turba de diversas lenguas y religiones, sin disciplina, sin provisiones y sin bagajes, sin pensar más que en el botín, y sin responder á sus oficiales más que, *pagadme*, atravesó la Italia como una nube de langosta. Podía detenerla el duque de Urbino; pero prefirió á la gloria de ser libertador de Roma, la satisfacción de vengarse de los Médicis, que le habían despojado en otro tiempo en su ducado. Descansaba Clemente VII en el tratado que acababa de concluir con Launoy, que había ido para defender el reino de Nápoles, y prometido su protección al Padre Santo contra el condestable de Borbon; pero pronto el espanto general le arrancó de sus acostumbradas fluctuaciones; trató de reclutar tropas vendiendo capelos de cardena-

les, lo que se había negado á hacer hasta entonces, apelando á las ofrendas voluntarias de los ciudadanos, é implorando á sus aliados á quienes había cobardemente abandonado.

Saqueo de Roma, 8 de mayo de 1527.—Ya era demasiado tarde. El condestable acampó en las llanuras próximas á Roma, la capital del catolicismo y de las artes fué sitiada por bárbaros y protestantes. La juventud romana se levantó para defenderla; pero, novicia é inhábil en las armas, contrariada además por los gibelinos, alegres con el triunfo de los imperiales, pronto se pusieron en fuga. Faltándoles á los lansquenets escalas, se ayudaban con sus largas espadas para subir á la muralla: el condestable de Borbon fué de los primeros que subió á ella, pero fué herido de un golpe mortal. Ya un ataque de apoplejía había precisado á Freundsberg á retirarse. El ejército, que había quedado sin jefe, y sin una persona que reprimiese su ardor de venganza y saqueo, se apoderó en dos horas de la ciudad Leonina, excepto del castillo de San Angelo, á donde Clemente VII se había refugiado; romanos, suizos, todos los defensores de la ciudad fueron degollados, y el resto abandonado á la brutalidad de una soldadesca furiosa.

Los terribles saqueos de los tiempos de Alarico no ofrecen nada tan odioso y que cause tanto espanto como lo que pasó entonces en plena civilización, y á nombre del rey católico. Forzaronse los conventos y se robaron á las religiosas, para ser entregadas en brazos de soldados desentrenados en medio de orgías, en las que los vasos sagrados se profanaban en los altares, convertidos en mesas de banquete; borrachos los alemanes, se cubrían con los capelos de los cardenales y ornamentos sacerdotales, burlándose de ellos en sus obscenas danzas, y deshonraban á las mujeres á la vista de sus padres y maridos encadenados. Ni siquiera los sepulcros se respetaron, y se arrancó un anillo de oro del dedo de Julio II. Regocijábanse los luteranos con pisotear las cosas sagradas, y destruir la idolatría de los cuadros y de las estatuas. El cardenal de Araceli, á quien pusieron vivo en un ataúd, y cuyas exequias celebraron con burla, fué paseado por ellos por las calles de Roma. Se embriagaron en su palacio, con vino que bebían en los cálices; después le enviaron á la grupa de uno de ellos á mendigar su rescate de puerta en puerta. Arrojaron las bulas pontificias por paja á sus caballos; y, habiéndose reunido en una capilla del Vaticano, vestidos de cardenales, é imitando las costumbres de los cónclaves, degradaron al pontífice, y proclamaron á Lutero en su lugar (25).

(25) Categoría, sexo, edad, estado. Hasta el nombre de Dios fué profanado. Los altares, los templos sacrosantos. Donde se alaba á Dios y esparce incienso, Con sangre se regaron y con llantos.

(24) Pablo Jove ha escrito de una manera pintoresca la vida de aquel cardenal.

Muchos que se habían librado ya del poder de los alemanes por un precio muy subido, volvían a ser aprehendidos por los españoles, y sufrían nuevos insultos y torturas, viéndose precisados a pagar nuevas sumas. Por añadidura llegaron los campesinos del cardenal Colonna para renovar la desolación. Italianos, españoles y alemanes, parecían rivalizar únicamente sobre quién había de hacer más daño, no sólo a los prelados y al clero, sino también a una población inocente. Concluyó Clemente VII por capitular, obligándose a permanecer prisionero del ejército hasta el pago completo de cuatrocientos mil ducados: ceder Parma, Placencia y Módena; recibir guarniciones imperiales, y en fin, ir a Nola ó Nápoles para aguardar allí las órdenes del emperador.

Carlos Quinto no tenía otra culpa en estos crímenes, que el que tiene un hombre que da salida a un torrente al campo sin prever los estragos que no podrá impedir. Procuró, en su consecuencia, engañar a los demás y a su propia conciencia con rogativas por la libertad del papa (1527), vistiéndolo luto, y escusándose echando la culpa a los demás príncipes. Pero gozoso con poder manifestar al mundo que podía vengarse de todo el que se uniera a la Francia, no disminuía en un escudo el rescate impuesto al Padre Santo; hasta trató de atraerlo a España: «y la opinión de los más sabios era que quería que volviese el papado a la sencillez y pobreza antigua, en la que los pontífices, sin mezclarse de las cosas temporales, se ocupaban únicamente de las espirituales. Esta resolución, consecuencia de los infinitos abusos y de los espantosos excesos de los pontífices pasados, era muy alabada y deseada por muchos. Ya varias personas del pueblo decían que no estando bien juntos el pastoral y la espada, debía el papa volver a San Juan de Letran y cantar allí misa.» (VARCHI)

Indignése toda la cristiandad con el modo brutal con que acababa de ser tratada la metrópoli del mundo y el jefe de la Iglesia. Francisco I y Enrique VIII hicieron alianza en Cognac para libertar al papa y a los hijos de Francia, asegurar a Esforcia el ducado de Milan y reprimir al monarca austriaco. Carlos Quinto acusó a Francisco I de haber faltado a supalabra, declarando que estaba dispuesto a sostenerlo de hombre a hombre: Francisco le desmintió; cambiáronse carteles de desafío entre ellos (26), y hasta determinaron el lugar y el día en que debían pelear. Si lo hubiesen verificado, pereciendo ambos en el acto ¡cuánta sangre, cuán-

¡Oh pecado inaudito, infando, inmenso!
Arrastrados se vieron huesos santos,
Y (me horrorizo más cuanto más pienso)
Por la turba feroz, desatentada,
Fué sin piedad, Señor, tu carne hollada.

BERNI, *Or. innam* XIV, 21.

(26) Varchi inserta (*Storie*, libro V) estos carteles que son muy curiosos.

tas lágrimas hubieran ahorrado a la Europa! pero eludió Francisco I el duelo, dejando que las naciones lo ventilasen; y la pobre Italia, asolada además por la peste, regalo de sus crueles huéspedes, tuvo que prepararse a nuevas guerras.

Mientras que Andrés Doria que, por no haber sido pagado por el papa, había abandonado su servicio, se apoderaba de Génova, Lautrec pasó los Alpes a la cabeza de treinta mil franceses, vengó en Pavia el cautiverio de su rey (27), y se dirigió a Roma a libertar al papa. No atreviéndose los campesinos a llevar provisiones al mercado, el hambre era estremada allí; los generales imperiales no podían, sin nuevas sumas de dinero, arrancar a los soldados de aquellos muros donde se saciaban con la sangre y el oro de los romanos, y como Clemente, a pesar de anunciar la venta de cinco capelos por 100,000 escudos y de tomar prestados con un rédito enorme otros 200,000 (SEGUR), no podía procurarse el rescate que había prometido, los alemanes lanzaban horribles clamores, como si estuviesen dispuestos a asesinarle. Obispos, arzobispos y personajes de consideración de Roma, que habían sido entregados por el papa en rehenes, fueron conducidos tres veces cargados de cadenas al campo de las Flores, con amenazas de ahorcarlos, si no se entregaba el dinero; no pudieron escapar del peligro sino embriagando a aquellos furiosos. El mismo Clemente VII consiguió fugarse disfrazado; pero debía reconocimiento a los franceses por la protección que le habían concedido, y Enrique VIII, en recompensa de los socorros que le había proporcionado, le pedía pronunciasse la disolución de su matrimonio con Catalina de Aragon, y por otra parte Carlos Quinto le amenazaba con deponerle si accedía a ello. Volvió, pues, a su política habitual, fluctuando sin cesar en medio de sus sutiles provisiones, y por considerar a todo el mundo, los convirtió a todos en enemigos (28).

(27) El primero que subió al castillo de Pavia fué un soldado de Rávena. En vez de la corona nural pidió que se le prometiese restituir a Rávena la estatua de Antonio Pio, que había sido llevada a Pavia. Apenas se puso manos a la obra, los de Pavia mostraron mayor desolación que al verificarse el saqueo de la ciudad, y levantaron tal clamor, que Lautrec obtuvo del soldado que desistiese de su petición, dándole en cambio una masa de oro suficiente para hacer una corona.

(28) «Maese Juan Gioachimo llegó ayer, y una sola vez ha estado con nuestro señor, hasta aquí se ha ceñido a exhortar a S. S. a que se declare, alegando que, además de no ser regular queden impunes las ofensas hechas a él y a la Iglesia, a nadie debe inspirar mas recelos la grandeza del emperador en Italia que a S. S.; todo lo cual ha apoyado con muchas razones. S. S. ha respondido, que en el estado en que se encuentra, las tribulaciones de la cristiandad no pueden terminarse sino quedando arruinado y debilitado; pero que aun cuando S. S. quisiese tomar parte en la guerra, era preciso que las condiciones fueran admisibles, lo que no acontecía a la sazón, pues se exigía que

Entretanto Roma, asolada por la peste y los soldados, no sabía cuál de estos dos azotes era peor. Cuando aquellas feroces bandas no encontraron ya en ella nada que saquear, se esparcieron por las cercanías, asolando y robando todo lo que encontraban en su paso. Así es que sucedió más de una vez que los campesinos, tocando a rebato, cayeron sobre sus destacamentos y los destrozaron (29). En

se ligase con tres potencias que habían ofendido y perjudicado gravemente a S. S., a saber, los venecianos, el duque de Ferrara, que le tienen sus tierras, y los florentinos, mortales enemigos suyos. Añadió que no veía con qué razones se pensaba persuadirle a unirse a éstos, si antes no se le restituía lo suyo. Todo se ha reducido, de consiguiente, a conferencias sin resultado positivo hasta el presente...

«Dios y la clara inteligencia de S. S. creo le han guiado hasta ahora, no permitiéndole declararse a favor de una ni otra parte; pero cuanto se ha hecho sería nulo, si en estos momentos, que es cuando el éxito de la guerra me parece más dudoso, S. S. ejecutase alguna resolución temeraria.

«En cuanto a su actual peligro, la neutralidad se presenta como el mejor camino para alejarlo, pues que así no ofende, antes al contrario, obra de un modo grato al emperador, y la Inglaterra le aplaudirá por ello; pero debe considerarse que si aquél vence, S. S. queda a discreción suya, y el resto de Italia sin esperanza de salir jamás de la servidumbre. Por otra parte el cristianismo no se contenta con la neutralidad; si llega nuestro señor a declararse, pierde con el emperador todo el crédito necesario para poder tratar acerca de la paz, y se pone en manifiesto peligro de causar su ruina y la de la Iglesia, si los franceses llevan lo peor en esta empresa. También conviene pensar que, una vez declarado S. S., los franceses serán menos solícitos en proveer a las necesidades de la guerra, y teniendo la seguridad de que S. S. no podrá en adelante celebrar pactos ni paces con el emperador, le abrumarán con cargas insoportables; si cuando se hallaba en toda su integridad y contaba con las fuerzas de Florencia la dejaron arruinar por no prestarle ayuda, mucho mas fácilmente ahora, que le faltan los medios de sostenerse.» *Let. di Pr. a Pr.*

(29) Ocurrióse alguna vez al papa dejar que los pueblos castigasen a sus asesinos. El que quiera conocer la sinceridad de la época, que lea con atención la siguiente carta dirigida a Juan de la Stufa. Renzo de Ceri era un feroz jefe de bandas, y lo mismo el belicoso Napoleón Orsini, llamado abad de Farfa, porque al principio había tenido esta abadía.

«El señor Renzo pasa la vida, si bien con algun gasto, en su mayor parte a costa del prójimo; y es evidente que el duque de Urbino no le quiere en su Estado, pues de lo contrario podría ir a Sinigaglia por un camino mas corto que el que siguen. Nuestro señor no está satisfecho de él, y en respuesta a las nuestras de 28 y 29 del pasado, os digo en nombre de S. S. que hagais entender de nuevo al expresado señor Renzo, que no quiere tener por más tiempo tal fiebre sobre su país, y la cual es mucho menos soportable que la del señor duque de Urbino, y que por tanto continúe sin demora su viaje, yendo a embarcarse a Sinigaglia, como había pensado, ó a los puntos vecinos, pues no debe tratar de verificarlo por Ancona, en atención a que los anconitanos no le admitirían; aun cuando, no hallando orden para el embarque en Sinigaglia, pensase dirigirse a Rávena, y se le permitiese, no oponiéndose el

este tiempo las antiguas facciones reanimaban y las venganzas se ejercían con furia entre los Orsini y los Colonna, siempre para la mayor ruina del país (30).

papa, los pueblos no le tolerarian. Al señor Renzo no debe parecerle corta comodidad la que se le ha concedido hasta aquí, con gran perjuicio de los lugares donde ha estado, y hasta con algun cargo de S. S. cerca de los señores imperiales. Rogadle, pues, modestamente que parta sin detención, y si lo hiciere, no le escaseéis los viveres que necesita por su dinero; pero si se obstinase en alimentar a su gente a costa del Estado de S. S. y de la sangre de los pobres pueblos, protestad y declaradle que teneis encargo de no tolerarle mas tiempo, y que elegireis otro camino para obligarle a partir, el cual, sin que os lo diga, sabeis cuál es: que no siendo la gente más de la que es, aunque se hubiese agregado el abad de Farfa, al toque de campana y alojando la rienda a los pueblos, todo quedará remediado, y nuestro señor excusado con Dios y con los hombres, mucho más que ahora que tolera el destroz de su país. Vos comprendéis la voluntad de vuestro señor, y sé que no os faltará prudencia para ejecutarlo. Viterbo 3 de octubre de 1528.»

Como, hermano Jacobo Salviati.

(30) Al conde Baltasar Castiglioni: «No ha sido posible impedir que los señores de la familia Colonna se vengasen del abad de Farfa, porque el señor Julio y el señor Camilo Colonna han quemado y destruido casi más castillos que el abad casas, y hasta han ofendido a los demás Ursinos, que no tenía parte en los errores del abad, quemando también el Estado del reverendísimo cardenal Ursino y la abadía de Farfa, que es cosa eclesiástica; lo que ha sido causa de que acudiesen frailes a nuestro señor, a los cuales no ha quedado un cáliz, un ornamento, una lámpara que tener encendida en honor de Dios. Esto ha disgustado mucho a nuestro señor, y habiéndose quejado a los señores de Nápoles, ha venido orden de que desistan, pero cuando ya se ha hecho cuanto era posible en perjuicio del país, y sin embargo aun no están depuestas las armas. No me bastaría un cuaderno de cartas para referir a vuestra señoría toda la tribulación de este país; pues así como en un cuerpo, después de una larga enfermedad se siente a menudo alguna desazon, del mismo modo, habiendo quedado el país afligido y débil por efecto de los destrozos del último año, cada día se experimenta alguna aflicción nueva. Tengo escrito a vuestra señoría narrándole los daños causados por el abad de Farfa en las tierras de los Colonna; últimamente, para probar a todo el mundo que obraban contra la mente de nuestro señor, ha tratado las posesiones de S. S. como las del señor Ascanio; ha saqueado a Tivoli, ha hecho prisioneros y cometido todas las crueldades imaginables, alejándose luego de allí, y yendo a unirse con el señor Renzo por la Marca, se ha portado lo peor que ha podido. En tal virtud S. S. procede a privarle de la abadía y del Estado. Por otra parte el señor Julio y el señor Camilo han quemado no sólo los castillos del abad y de los otros Ursinos, sino saqueado también a Anagni, llevándose de Tivoli lo poco que el abad había dejado; el señor Juan Bautista Savello ha ejecutado lo propio en la Sabina, a consecuencia de una disputa empeñada con el reverendísimo Cesarino; le acompañan el señor Cristóbal Savello, el señor Pirro de Castel de Piero, Octaviano Spifriti, y muchos otros de los que, no por servir a su majestad cesárea, sino por escudarse con aquel nombre, quieren ser considerados imperiales.

Hacia ocho meses que duraba la devastacion, cuando el principe Filiberto de Orange; que habia tomado el mando de los imperiales que quedaban, los determinó á salir del territorio pontificio, y se encerró en Nápoles. Allí se le unió Lautrec (29 abril de 1528), cuyo ejército se habia reforzado con las bandas negras. Después de haber avasallado la comarca con la facilidad que existe por lo comun en paises donde el pueblo ni aun quiere saber quién será dueño, sitió la capital por tierra, mientras que Andrés Doria la atacaba por mar. El almirante genovés, que hacia en el mar lo que los demás en el continente, habia equipado doce galeas á sus espensas, y se ponía al servicio del que le pagaba. Derrotó la escuadra castellana enviada al socorro de Nápoles, dió muerte al virey Moncada que la mandaba, é hizo prisionero al marqués del Guasto. Francisco I habia enviado otros refuerzos á las órdenes del conde de San Pol, que hizo la guerra en Lombardia (31) con diferentes probabilidades, hasta el momento en que fué batido y hecho prisionero por el feroz Antonio de Leiva (21 junio de 1529).

Lautrec se habia detenido tanto tiempo bajo los muros de Nápoles, que le faltó el dinero, sobrevino la epidemia; el mal aire, los escesos de los soldados y la insalubridad de los alojamientos pronto diezmaron á los sitiadores, que en un mes se vieron reducidos de veinte y cinco mil á sólo cuatro mil. Los jefes no se libertaron tampoco, ni aun el mismo Lautrec. De esta manera se encontró levantado el sitio de Nápoles, y habiendo tomado el

«Estos, favorecidos del hambre que reina en todas partes y de la libertad de robar, arrastran en pos de sí un buen número de gentes, y las tierras en que entran pueden mirarse como arruinadas, segun aconteció dias pasados en Rieti, donde habiendo sido recibidos amistosamente, por ser pais gibelino, no bien estuvieron dentro empezaron á saquear la ciudad; pero cuando tenian saqueada ya parte de ella, los reatinos se repusieron de su asombro, tomaron las armas y los rechazaron, matando unos trescientos; con lo cual no han recobrado los bienes perdidos, á no ser los de menos valor.»

(31) «Como recuerdo que nunca los franceses han salido vencedores de ninguna empresa que haya durado, temo que suceda lo mismo con ésta. Sé, en efecto, cuánta confianza tienen en sus asuntos, y cuanto cuentan con la debilidad de sus enemigos. Me parece ver, que con las noticias que saben de que los lansquenets de los imperiales se vuelven á sus casas, disminuirán sus precauciones, y este buen hombre, monseñor de San Pol, se encontrará en Italia, y se habrá embarcado, como se dice, sin galleta, es decir, que no tendrán cuidado de proveerle de dinero... Pero por amor de Dios, cuando escribais alguna cosa que no sea en favor de los franceses, tened cuidado de no hacerlo sino en cifra; porque no basta que lo escribais por conviccion de que la fortuna no les es propicia, como me sucede á mí, teniendo la costumbre de tomar todo lo que se dice contra su deseo por el lado peor, y creer que el que se espresa de esta manera lo hace por malignidad, y porque desea que sea así,» etc., etc. *Carta de Pr. á Pr.*, III, 27.

mando Miguel Antonio, marqués de Saluces, se retiró á Averse, donde precisado á rendirse murió de pesar (30 de agosto). Los restos esparcidos de aquel bello ejército conquistador de la Italia perecieron de miseria en las cuadras; los cadáveres abandonados aumentaron la putrefaccion del aire, con ella la gran mortandad y las imprecaciones contra los extranjeros (32). Las bandas negras que habian manifestado que aun no se habia estinguído el valor italiano, se dispersaron entonces: el ilustre minero Pedro Navarro, que habia desempeñado un papel importante en todas estas guerras fué hecho prisionero, y Carlos Quinto mandó que fuese decapitado; pero compadeciéndose el gobernador de la fortaleza de aquel anciano guerrero, le evitó el suplicio y le degolló por su propia mano.

Promovido el principe de Orange al vireinato de Nápoles, colmó en la paz los males causados por la guerra. Acusó á gran número de feudatarios de haber favorecido á los enemigos para enviarlos al suplicio y confiscar sus bienes; hizo además pagar á los nacionales seis meses de sueldo al ejército que habia saqueado á Roma. Este fué el principio violento de aquel gobierno absoluto y tiránico, que durante dos siglos hizo tan miserable la más hermosa parte de la Italia.

Andrés Doria.—La defeccion de Andrés Doria habia sido el último golpe dado á la fortuna de la Francia. El marqués del Guasto habia conocido cuando estuvo prisionero á su bordo, que estaba muy enojado por el orgullo de los cortesanos franceses, y porque el rey habia enviado á otro que á él á Levante en calidad de almirante, y porque habia concebido el pensamiento de atraer á Savona, en cuyo puerto habia ya comenzado trabajos, el comercio de Génova. Habiendo conseguido el marqués insinuarse en su ánimo, le aconsejó sustraer á su patria del yugo de los que acababan de saquearla y vulneraban sus privilegios. Génova parecia estar destinada, en efecto, á ser el objeto de vergonzosos mercados entre la España y la Francia; esta última potencia no la conservaba ya más

(32) Se encuentran en los *Docum. di Storia Ital.*, publicados por Molini, una carta preciosa, la doscientas noventa y una, de Teo loro Trivulzio, y de Guido Rangoni, del año 1529, en la cual indican los medios que convendría que el rey de Francia adoptase para hacer la guerra al emperador. Dice entre otras cosas: «Es tanto más necesaria esta vigilancia y este estremado cuidado, cuanto se tiene que habérselas con enemigos llenos de astucia, perfidia y malicia, que con su obstinacion ó constancia tienen la paciencia de aguardar la ocasion; parece que tienen la idea de que los ejércitos de V. M. y sus aliados deben consumirse por sí mismos. Como se ha visto que esto es lo que ha sucedido varias veces, es necesario evitarlo con todas las precauciones necesarias en la empresa que se dice está á punto de verificarse... Bueno seria llevar de Francia una cantidad conveniente de infantes... en atencion á que con dificultad se encontrarán en Italia, HABIENDO MUERTO LA MAYOR PARTE DE LOS CAMPESINOS DE HAMBRE, POR LA PESTE, Ó DE OTRA MANERA.»

que para deshacerse de ella á un precio ventajoso. Resolvió, pues, Doria, arrancarla de las manos de ambas naciones contendientes, y sacrificando tímidas consideraciones de honor á la esperanza de ser el libertador de su patria, envió á Francia á pedir satisfaccion de las culpas que se habian consentido con respecto á ella y á él. A la negativa de Francisco I se dirigió al emperador, quien le presentó condiciones que le agradaron. Enarbó entonces la bandera imperial y proclamó la libertad de su patria (33). Este fué un acontecimiento de estremada gravedad para el conjunto de negocios de la Francia en circunstancias tan urgentes; porque, dice Brantome, el que no es dueño de Génova y del mar, no puede dominar bien la Italia.

Doria dió, pues, el último golpe á la independencia de Italia entregándola á Carlos Quinto, convirtiéndose después en el abrigo y sosten de Felipe II; pero devolvió la libertad á Génova negándose á aceptar la soberania que le ofrecia Carlos Quinto, poco partidario de las repúblicas (34).

(33) «M. Andrés pedia al emperador 60 ducados de sueldo, la libertad de Génova, la extraccion de diez mil salmas de trigo de Sicilia, con otras cosas de leve importancia. S. M. no sólo le ha concedido lo que solicitaba, sino que ha escrito al señor principe diciéndole, que si la guerra termina de un modo favorable para él, asigne al capitán M. Andrés un Estado en el reino, por valor de 8 á 10,000 ducados; entregando además 1,000 al conde Filipino, 700 á M. Cristóbal Pallavicino, persona adicta á M. Andrés, y otros tantos á Erasmo, para que todos queden contentos de haberle servido.» *Let. di Pr. á Pr.* 43.

(34) Segni (*St. flor.* II) refiere haber oido decir á Luis Alamanni «que hablando con Andrés acerca del hermoso hecho con que este habia salvado la patria, le dijo sonriéndose: Sin duda, Andrés, vuestra accion ha sido generosa; pero más generosa y esclarecida seria aun, si no se extendiese alrededor no sé qué sombra, que no la deja brillar por completo. Luis me aseguró que Andrés, oyendo tales palabras, exhaló un suspiro, permaneció sin moverse, y después, volviéndose hácia él con afable rostro, dijo: Feliz el hombre que logra ejecutar una accion laudable, aunque sea valiéndose de medios no del todo buenos. Sé que no solamente tú, sino otros muchos pueden echarme en cara, que habiendo apoyado siempre la causa de Francia y alcanzando altos honores por favor del rey Francisco, le haya abandonado en sus mayores apuros, accediéndome á un enemigo suyo. Pero si el mundo supiese cuán grande es el amor que he profesado á mi patria me perdonaria, que no pudiendo salvarla y engrandecerla de otra manera, hubiese escogido un medio no exento de alguna culpa. No trataré de alegar que el rey Francisco, al paso que aceptaba mis servicios, no me cumplia la promesa de restituir la ciudad de Savona á mi patria, porque esto no basta para disculpar al que ha faltado á su antigua fe; pero quizá baste la certeza que yo tenia de que el rey no habria consentido jamás en declarar á Génova libre de su dominacion, de un gobernador nombrado por él, de la ciudadela. Habiendo obtenido yo todo esto felizmente con apartarme de su fe puedo probar á cualquiera que mi accion brilla con toda claridad, sin que empañe su luz sombra alguna.»

Entretanto negociábase entre los soberanos una reconciliacion necesaria á todos los partidos (1529), y en fin, el emperador y el papa se pusieron acordes en Barcelona. Obtuvo el pontífice mejores condiciones que las que hubiera podido esperar después de una victoria: Carlos se comprometió á que los venecianos le resituyeran á Ravena y Cervia, y el duque de Ferrara, Módena, Reggio y Rubiera; restablecer á los Médicis en Florencia, Esforcia en Milan, si probaba que habia sido extraño á las tramas de Morone, y en fin, someter á los herejes en Alemania. En cambio prometió el papa dar á Carlos la corona imperial y la investidura del reino de Nápoles, con sólo la carga del homenaje de la hacanea.

Paz de las Damas.—Por otra parte, Margarita, tia de Carlos Quinto, y Luisa de Saboya, madre de Francisco I, concluian en Cambray un arreglo por el cual Francisco I renunciaba á los condados de Artois, Flandes y Charolais, y Carlos Quinto á la Borgoña, que debia concederse en patrimonio al hijo que naciese de Leonor, futura del rey de Francia. Esta princesa llevó consigo á los principes franceses que habian quedado en rehenes, y cuyo rescate se pagó á peso de oro. Francisco I, que para obtener condiciones más ventajosas, habia hecho que las potencias italianas verificasen nuevos esfuerzos, las abandonó entonces vergonzosamente á la venganza española, renunciando á todos sus derechos, y no estipulando nada para sus aliados. El rey caballero hubiera entonces podido cambiar ciertamente su frase de Pavia y esclamar: *Nada se ha perdido escepto el honor.*

Margarita habia dicho que por volver á ver á uno solo de los hijos del rey, hubiera dado mil Florencias. Esta ciudad, que engañada por las promesas de la Francia, se habia negado á escuchar á Doria y á sus mejores hombres de Estado, que le aconsejaban unirse al emperador, fué entonces vendida cobardemente sin que se tuvieran en cuenta sus derechos y sus quejas.

Habiendo cedido Carlos Quinto á los portugueses por 400,000 ducados sus derechos á las Molucas, llamó á Barcelona á Andrés Doria prodigándole honores; y montando en su galera capitana, bogó con un fuerte ejército hácia Italia, cuyo destino se habia fijado en su mente. Esta acogió con alegría las esperanzas de un descanso esperado por todos. Desplegaron las artes á porfia su brillo en las fiestas y ceremonias, y Carlos se abocó en Bolonia con el Padre Santo, para combinar la realizacion de sus comunes deseos. El emperador deseaba conservar á Milan, como principal llave de sus posesiones de Italia; pero como el duque Francisco estaba abiertamente sostenido por los venecianos y ocultamente por los demás principes, consintió Carlos en dejárselo, reservándose verificar su proyecto en tiempos más tranquilos, lo que ejecutó. Concedió, pues, á Francisco Esforcia el ducado de Milan; escepto Pavia con que invistió á Antonio de Leiva, y retuvo como prenda la ciu-

dad de Como con el castillo de Milan hasta el pago completo de 900,000 ducados, la mitad en dinero contante y el resto en el espacio de nueve años. Venecia restituyó al papa Rávena y Cervia, al emperador las ciudades ocupadas en el litoral napolitano con 300,000 ducados además, y se tuvo cuidado de los desterrados y refugiados.

Génova, Luca y Siena permanecieron libres; Federico, señor de Mantua, recibió el título de duque; Carlos III de Saboya, cuñado de Carlos Quinto y tío de Francisco I, había conseguido guardar la neutralidad entre ellos, y se aprovechó sin pérdida de la victoria. Alfonso de Ferrara había enviado después de la muerte de Julio II embajadores á Leon X, entre cuyo número estaba el Ariosto, y obtuvo la paz; pero le era perjudicial, en atención á que queriendo Leon procurar á los suyos un gran Estado, se esforzaba en adquirir Módena y Ferrara, ya por la fuerza, ya con secretos manejos. Su muerte sacó á Alfonso *ab ungue leonis*, como lo hizo grabar en una medalla; habiéndole recibido bien el emperador en aquellas circunstancias, le adjudicó Módena y Reggio; por su parte, el papa le concedió la investidura de Ferrara mediante 100,000 ducados.

Coronación de Carlos Quinto, 1530.—Cinco meses permanecieron el pontífice y el emperador bajo el mismo techo, tratando de sus asuntos en persona. Ya fuese por remordimiento, ó por la vergüenza de ver á Milan y Roma en el deplorable estado á que

estaban reducidas, Carlos recibió en el mismo Bolognia la corona de hierro y la de oro. Fué el último emperador de Alemania coronado por un papa. En efecto, desde el momento en que la dominación pertenecía á la espada, ¿qué significación podía tener aun una coronación hecha por el representante de la Italia? Cansados y desanimados sus habitantes, se dedicaron á adular á Carlos Quinto sin cesar de repetir que nunca se hubiera podido imaginar tanta afabilidad y cortesania con el autor de tan horribles desastres.

De esta manera la union de los poderosos consumaba el envilecimiento de la Italia que había comenzado con sus discordias. Ya no existía equilibrio entre los pequeños Estados, avasallados al emperador ó debilitados. Asustado el papa con los progresos de la reforma, dirigió la mano á aquel imperio que sus predecesores habían hecho temblar tantas veces; y mientras que la oposición regular del papado había fundado su gloria y grandeza en lo pasado, cambió de divisa, y se colocó en el partido de los gibelinos, que en adelante decidieron del porvenir de la Italia. Si hasta entonces había tenido que sufrir los estragos de la peste y de la guerra, males pasajeros que no destruyen los gérmenes de la prosperidad de una nación, vió entonces establecerse en su territorio una administración absurda, principios disolventes, opresión sistemática del pensamiento, del talento y de la industria.

CAPÍTULO VII

RESTABLECIMIENTO DE LOS MÉDICIS.— TERCERA GUERRA ENTRE CÁRLOS QUINTO Y FRANCISCO I. — ÚLTIMOS ESFUERZOS DE LA INDEPENDENCIA ITALIANA.

Florenzia, que era la única que no había sido comprendida en el tratado de paz general, fué lo que quedó de la independencia italiana. Después de la muerte de Lorenzo de Médicis, último descendiente de Cosme, padre de la patria, los florentinos habían solicitado de Leon X les devolviese la libertad; pero él envió allí al cardenal Julio (26 abril de 1519), bastardo de su casa, que prometió no abrogarse el nombramiento en los empleos, ni ninguna otra prerogativa señorial. En efecto, consiguió el afecto general, y los mismos que deseaban la libertad de su patria no le odiaban; pero como los partidarios de los Médicis tenían la superioridad y tiranizaban á los demás ciudadanos, no se conseguían los empleos sino favorecidos por ellos. Clemente VII envió después á Florenzia á otros dos bastardos, á Hipólito, hijo de Julian, tercer hijo de Lorenzo el Magnífico, y á Alejandro á quien Lorenzo, duque de Urbino, había tenido de una esclava. Florenzia, que había perdido su importancia propia, se encontró arrastrada por la fortuna y política de los Médicis, precisada á seguir su suerte y proporcionar hombres y dinero segun los caprichos de Clemente VII. En la época en que el condestable de Borbon se adelantaba hácia Roma, los vecinos de Florenzia pidieron armas para defenderse; y viendo que se les negaban, lanzaron su antiguo grito de *¡Pueblo y libertad!* pero pronto fué sofocado.

La constitución de aquella república no comprendía bajo la misma igualdad á los nobles y plebeyos, á la ciudad y á los campos. Distinguiáanse entonces en Florenzia los *sopportanti*, ciudadanos contribuyentes, es decir, que pagaban la décima parte de sus bienes, y los no *sopportanti*, que vivían de su trabajo. Entre los primeros, había algunos que no eran admitidos en el consejo, ni en los oficios ó magistraturas; solo gozaban de los dere-

chos de ciudadanía y eran nombrados para los oficios aquellos cuyos antepasados, habían tenido participación en los tres empleos mayores de la señoría, del colegio y de los hombres buenos. Entre los admitidos ó *statuali*, se decía que estaban por la mayor, los inscritos en las artes mayores, y por la menor, los que pertenecían á las catorce artes inferiores. Otros pagaban las contribuciones de Florenzia; pero vivían en el campo, y se les llamaba salvajes (*salvatichi*) (1).

El gonfalonero Nicolás Capponi, hombre de recto corazón, no tenía bastante energía ó talento para reprimir la violencia de los *arrabbiati*: se liasonjó, pues, de contenerlos con ayuda de los grandes, esperando que podría entenderse con los Médicis, lo que no era más posible que poner á los grandes acordes. Se había puesto á la cabeza de los *palleschi*, y de los *piagnoni* de Savonarola. Baltasar Carducci y Dante de Castiglione, capitaneaban la facción popular, que haciendo mucho ruido quería oponer el odio general á la vuelta de los Médicis (2).

La peste, que se había cebado en Florenzia como en el resto de Italia, aumentó las miserias públicas, haciendo en la ciudad durante tres meses unas trescientas víctimas diarias, y doscientas cincuenta mil en todo el Estado; fray Bartolomé de Ficaya recorrió el país predicando la penitencia, como lo había hecho Savonarola, y la señoría decretó procesiones públicas, y con todos los mag-

(1) Véase VARCHI *Historias*, al fin del libro III.

(2) Puede decirse con verdad que maese Baltasar Carducci, enemigo de los Médicis, hizo más á favor de su vuelta á Florenzia, que el mejor amigo de aquella familia. F. VETTORI, *Sommario della hist. d' Italia* desde 1511 á 1527.